

## Dibujos y poemas de los niños de Terezín

No he visto mariposas por aquí

En Bohemia hay un lugar extraño llamado Terezín. Se encuentra a unos 60 Km. de Praga. Fue fundado por orden del Emperador José II de Austria, hace 200 años, quien le dio el nombre en honor a su madre, María Teresa. Fue construido según los planos de ingenieros militares italianos y cuenta con 12 terraplenes avanzados, que la unirse forman una estrella, encierran la ciudad. Debía ser una fortaleza pero resulto una somnolienta guarnición militar, dominada por cuarteles y en la que las casas de sus habitantes formaban solo un tolerado complemento. Habían casas, tabernas, un correo, un banco y una cervecería. También había una iglesia, de un estilo sobrio y que pertenecía al cuartel como parte de la comunidad militar. Parece como si la pequeña ciudad hubiera sido colocada a la fuerza en medio del tranquilo paisaje, un paisaje encantador, donde no se ven montañas, ni rocas desgarradas, ni precipicios, ni violentos arroyos, sino colinas azuladas, verdes prados, árboles frutales y altos álamos.

Todavía hoy se ciernen sombras sobre la ciudad como si pasaran coches fúnebres por sus calles, como si todavía el polvo de la plaza se arremolinase, levantado por miles de pasos. Algunas veces de la impresión de que desde los rincones, escaleras y pasillos, miran caras flacas, curtidas, con ojos llenos de miedo.

Terezín, fue en los años de la guerra una ciudad de hambre y miedo. Lejos de allí, en algún lugar de Berlín, hombres uniformados se reunieron y decidieron exterminar a los judíos de Europa. Estaban acostumbrados a hacerlo todo con calculadora y fría pasión homicida y así trazaron planes, designaron países, lugares, términos y también paradas en el camino hacia la muerte. Una de estas paradas era Terezín, que debía ser una parada modelo adonde podrían llevar a los extranjeros para mostrárselas y que fue llamada ghetto. Primero llevaron A Terezín a los judíos de Bohemia y Moravia, y después de toda Europa. Y desde allí eran transportados al Este, a las cámaras de gas y a los hornos. Todo en esta ciudad era falso, irreal, todos sus habitantes habían sido condenados a muerte con anticipación, era solo un túnel sin salida. Quienes concibieron esta trampa y la pusieron en el mapa, con plazos fijos de vida y muerte, sabían todo de ella y también su futuro. Los que fueron

transportados allí en vagones atestados y en carros de ganado, tras muchos días de crueldad, ofensas, humillaciones, robos y golpes, sabían muy poco de ella. Algunos creían las historietas engañosas de los asesinos, creían que estarían en un lugar a salvo de la guerra. Otros llegaban a Terezín desanimados, pero con cierta esperanza de que quizás podrían escapar de su destino. Otros sabían que Terezín era solamente una parada de trasbordo, por un corto plazo, y por ello trataban de conservar, por lo menos sus vidas, y quizás las de sus familias. Los buenos y honorables, se esforzaban por conservar las vidas de los niños, ancianos y enfermos. Todos, sin excepción fueron engañados y todos corrieron la misma suerte. Pero, los niños llevados allí, no sabían nada. Llegaron de lugares donde ya habían conocido la humillación; habían sido expulsados de sus escuelas, les habían cosido estrellas en el pecho, en las cazadoras y blusas, y solamente les era permitido jugar en los cementerios. pero esto no era tan malo, si lo ves con ojos de niño, aunque oían las lamentaciones de sus padres y palabras extrañas tales como cartografía, registro y transporte, infiriéndoles terror. Veían a sus padres haciendo el equipaje, despidiéndose de sus casas, veían como por ultima vez acariciaban con sus ojos cuadros y sillas. Sin embargo esta tristeza no les afectaba, ya hace tiempo que habían olvidado cuando tuvieron que despedirse de su perrito o gatito. Cuando fueron hacinados junto con sus padres en el ghetto, al tener que dormir en desvanes atestados, sobre el suelo o en las tarimas de tres pisos, empezaron a mirar a su alrededor y rápidamente comenzaron a entender el mundo extraño en que les había tocado vivir. Veían la realidad, pero todavía conservaban su visión infantil, su visión de la verdad, que distingue el día de la noche y no se deja engañar por enseñanzas falsas ni por el oscuro juego de una vida imaginaria.

Así Vivían, cerrados entre paredes y patios, ese era su mundo de colores y sombras, hambre y esperanza.

Los niños jugaban en el patio del cuartel y en los patios de las que antes habían sido casas. Algunas veces se les permitía respirar un poco de aire fresco en lo alto de los terraplenes. A partir de los 14 años de edad tenían que trabajar en los talleres, ya llevaban una vida de adultos. A veces salían para trabajar en los jardines y ya no fueron considerados mas como niños. Los más pequeños tenían el teatro de marionetas y conjuntos teatrales; interpretaban cuentos de hadas y hasta operas infantiles. Pero no sabían que también ellos, igual que los adultos, eran victimas del engaño, en un esfuerzo por convencer a las comisiones extranjeras de la Cruz Roja,

de que Terezín era un lugar donde adultos y niños podían vivir libremente. Seguían jugando, aprendiendo a pintar durante tres meses, medio año, uno o dos años, según la suerte de cada cual, porque los transportes venían y salían hacia el este, hacia la nada.

Los niños vivieron en Terezín, de los 15.000 niños que allí durante un tiempo jugaron, dibujaron y estudiaron regresaron sólo 100. Veían todo lo que veían los adultos: las filas interminables para el reparto de comida, los furgones funerarios en que se repartía el pan, tirados por seres humanos. Veían a los SS que pasaban por la acera, y a los hombres quitarse el sombrero, y a las mujeres inclinarse profundamente delante de ellos. Veían los hospitales que les parecían un paraíso y funerales que eran solamente un traslado de ataúdes. Oían hablar una jerga con raras expresiones, palabras con un significado muy serio que no se utilizaban en ningún otro idioma del mundo tales como "bronke". "shlajska", "shaojista" y que ellos mismos también empleaban. Oían los gritos de los SS al pasar lista y el manso susurro de las plegarias en los sitios donde vivían los adultos.

Pero veían también lo que los adultos no querían ver – la belleza detrás de las puertas de la ciudad, verdes prados y colinas azuladas, la cinta de la carretera perdiéndose en la distancia con su señal imaginaria indicando "Praga", los animales, pájaros, mariposas, - todo estaba al otro lado de las murallas y podían verlo desde lejos, desde las ventanas del cuartel y desde las vallas fortificadas adonde algunas veces les dejaban ir. Veían además, cosas que los adultos no podían ver – princesas con diademas de diamantes, brujas y magos malvados, payasos y escarabajos con caras humanas, el país de la felicidad donde la entrada costaba una corona, y donde había de todo- pasteles y donde había de todo – pasteles, dulces, un cerdito trinchado con un tenedor, ríos de leche y limonada. Veían también sus habitaciones de antaño, con cortinas en las ventanas y el gato con su platito de leche. Los niños lo trasladaron a Terezín, tenía que haber un fogón, y muchos potes y cacerolas, porque en cada pote y en cada cacerola tenía que haber comida.

Todo esto y muchas otras cosas pintaron y dibujaron, porque les gustaba pintar y dibujar, de la mañana ala noche.

Pero cuando escribían poesías, eso era otra cosa, eran versos sobre "el dolor de Terezín", sobre "La chica que perdí", eran ansias de salir para otro lugar, donde la gente guerra mejor, eran los ancianitos mordisqueando el pan viejo y las patatas podridas del almuerzo, había "nostalgia por el hogar" y "miedo". Si, sentían miedo y

hablaban de él en sus poemas, sabiendo que estaban condenados. Quizás lo sabían mejor que los adultos.

Eran 15.000 niños y regresaron 100.

Ustedes ven sus dibujos ahora, después de muchos años, cuando ese mundo de hambre y miedo y horror nos parece un cuento de perversos hechiceros, brujas y caníbales. Dibujos y poesías – es todo lo que queda de ellos – sus cenizas fueron dispersadas hace tiempo en los campos que rodean Auschwitz. Algunos dibujos están firmados, se cita el año, el grupo, la hora. De aquellos que nos dejaron sus nombres, ha sido posible averiguar algunos datos – la fecha y el lugar de nacimiento, el número del transporte a Terezín y a Auschwitz y luego el año de la muerte. En la mayoría de los casos es el año 1944, el penúltimo año de la guerra.

No obstante, sus dibujos y poemas nos hablan; estas son sus voces que se han conservado, voces de recuerdo de verdad y de esperanza.

Los publicamos no como secos documentos, sacados de entre miles de testigos de un tar de sufrimientos, sino para honrar la memoria de quienes crearon con el color y la palabra. Probablemente, de esta forma lo habrían deseado los mismos niños, cuando con su ayuda vencieron a la muerte.

Jiri Weil